

Tanto la educación como el trabajo están en el candelero de las grandes transformaciones actuales. Ambos tópicos aluden a aspectos básicos de la condición humana, el saber y el obrar. Tanto uno como otro atraviesan en nuestro tiempo una profunda crisis y revisión. La vinculación entre ambas realidades, que de por sí es ardua, se ha vuelto particularmente compleja y al mismo tiempo muy necesaria en medio de las actuales circunstancias de innovación tecnológica y de crisis económica.

Eloy Mealla

La difícil articulación entre educación y trabajo

La abstracción de la producción hace que el trabajo sea cada día más mecánico, y al final, es posible que el hombre sea excluido del mismo y que la máquina lo reemplace.

G.W.F. Hegel,
Principios de la Filosofía del Derecho.

LA CENTRALIDAD Y EL DESCENTRAMIENTO DEL TRABAJO

La posibilidad planteada por Hegel en el epígrafe, hace ya más de 175 años, cobra hoy día una enorme actualidad. El modo de producción industrial, surgido a mediados del siglo XVIII con la incorporación de la máquina de vapor que fue reemplazando la fuerza humana y animal por la de las máquinas, disciplinó enérgicamente, en "pro de las exigencias de la producción", a la sociedad occidental en un ciclo vital con tal fuerza y extensión que la mayoría de las personas construyen sus itinerarios personales entorno al hecho o no de su trabajo. Hasta tal punto esto es verdad que la historia de cada persona llegó a ser en gran medida la historia de su trabajo. El trabajo se constituyó así en la sociedad moderna en uno de los principales proveedores de la identidad y consistencia de una persona. Todos los tramos vitales quedaron marcados por la referencia a lo laboral.

De este modo, la infancia y la adolescencia no serían otra cosa que una preparación para el trabajo, que cada vez se fue haciendo más larga; luego, la identidad personal se confería según el oficio o profesión ejercida; finalmente la "vida útil" de una persona llega a su fin cuando deja el trabajo

productivo y habitualmente es percibida y se percibe a sí misma como mano de obra desechada y sumergida en el ostracismo de la pasividad y la dependencia. La industrialización y el trabajo fabril se convirtieron en sinónimo de lo que era trabajo, al menos en su aspecto masivo. Hoy en la sociedad post-industrial, empezamos a cuestionarnos cada vez más si el trabajo productivo configure definitivamente los roles sociales y las identidades personales.

EL FIN DE UN PARADIGMA LABORAL

A las anteriores consideraciones de tipo existencial y vivencial, hay que agregar que el trabajo en la era industrial se sustentaba en algunos factores que parecen haberse agotado:

- ✓ la producción en serie realizada en grandes fábricas. Era un estilo de trabajo rígido y los obreros no requerían mayor calificación estando sometidos a tareas rutinarias y cuasi-mecánicas.
- ✓ la fragmentación del trabajo -principalmente bajo el sistema ideado por Frederick Taylor (1856-1915)- que buscando la mayor productividad, introdujo una radical separación entre "los que piensan" un producto (en oficinas separadas del taller) y "los que lo fabrican". Se procura acelerar el ritmo de trabajo y disminuir los tiempos no productivos. La supervisión del trabajador es permanente y rigurosa reduciendo al mínimo la autonomía del operario. La calificación del obrero se determina según el puesto de trabajo, no por su habilidad y conocimiento. El trabajo es un ciclo de actos repetitivos y el operario un apéndice de las máquinas.
- ✓ las leyes laborales regidas por el llamado pacto fordista -por ser Henry Ford el primero en cumplirlo- consistían en el aumento de beneficios para el obrero si aumentaba la productividad. De este modo, el aumento de salarios permitía aumentar las ventas y que no se amontonaran los productos sin que nadie los comprara. Se pacta con el trabajador en tanto consumidor, dejando en segundo plano las condiciones de trabajo y la participación en la toma de decisiones.
- ✓ el liberalismo inicial consideraba al Estado un mero gendarme que debería intervenir para someter a los revoltosos, y dejar la solución de los conflictos económicos en las manos invisibles y espontáneas del mercado. Desde John Keynes, tras la crisis de los años '30, se admite un papel más activo del Estado regulando las relaciones laborales, estableciendo un sistema de seguridad social y alcanzando el pleno empleo, por ejemplo, mediante el gasto público.

Ahora bien, en algunos países centrales, y especialmente en algunos sectores de ellos, ya muchos experimentan que se ha sobrepasado la necesidad de la producción física y material, que se ha convertido en una realidad secundaria, para enfatizar en cambio las actividades vinculadas a los servicios personales. Surgen así las "nuevas ocupaciones" que desplazan la centralidad del trabajo productivo tradicional. La productividad industrial deja paso a otras actividades. Se requiere un cambio de paradigma.

De este modo, la sociedad post-industrial es promotora de un nuevo ciclo vital que proporciona roles

nuevos. La "ocupación" sustituye progresivamente a la producción. Ha variado la cantidad de tiempo que se necesita para el trabajo, ha disminuido el volumen del mismo para asegurar la subsistencia. El factor más llamativo ha sido el surgimiento de un conjunto de tecnologías que dan lugar a la "sociedad de la información" y a la "sociedad de los servicios" en las cuales el empleo y la perspectiva de vida serán muy diferentes.

HACIA UNA NUEVA FORMA DE TRABAJO

El modelo de trabajo que de forma velocísima se está imponiendo -especialmente mediante la automatización y la robotización- erradica las tareas repetitivas y manuales que todavía quedan de la etapa industrial anterior. Un fenómeno en sí mismo muy aceptable, pero con efectos ambivalentes. Supone, por un lado, en términos generales un cambio liberador superando algunas de las condiciones penosas y alienantes del trabajo; por otro lado, provoca la exclusión de muchos, sobreviene el "desempleo tecnológico". Podríamos decir -adaptando libremente la famosa comparación de Malthus- que mientras los aparatos tecnológicos crecen geoméricamente, los nuevos puestos de trabajo, si es que se crean verdaderamente, tan sólo lo hacen de modo aritmético. Los cambios tecnológicos son en cierto modo imparables, se trata de que haya políticas públicas que los tornen graduales y compensen a los perjudicados.

Lo cierto es que las nuevas tecnologías hacen posible coordinar de manera muy precisa los procesos productivos mejorando la eficiencia y la calidad. Las nuevas máquinas, al poder ser reprogramadas y adecuarse rápidamente a los cambios, van conformando un sistema productivo flexible -en este sentido no confundir con precarización del empleo- desplazando la rigidez de la antigua maquinaria pesada.

También la presente revolución tecnológica llega a los sistemas de administración y a las oficinas, particularmente a través de las computadoras y la explosión de las telecomunicaciones que permiten acopiar y transmitir datos en forma instantánea y a distancia, facilitando una producción "justo a tiempo". Es decir, un ajuste preciso de todos los pasos productivos, evitando los tiempos muertos y el amontonamiento de productos. Tales innovaciones piden sobre todo la iniciativa empresarial basada en la inteligencia técnica y gerencial más que en enormes instalaciones, numerosos planteles de personal y grandes concentraciones de capital.

Todo esto afecta seriamente a la educación, y en particular a la formación para el trabajo, sea por los motivos existenciales, o por las nuevas exigencias técnicas y económicas que hemos apuntado.

EDUCACION PARA EL TRABAJO HOY

Los esfuerzos de articulación entre educación y trabajo tienen una historia relativamente larga entre nosotros. No obstante, el cimbronazo que está produciendo el nuevo modo de producir -que antes intentamos reseñar brevemente- ha provocado una extrema actualización de la problemática. Cuestión que se agrava todavía más cuando nos referimos al mundo juvenil en sus extractos más pobres. Podemos decir, que estamos ante la primera generación de jóvenes válidos que -a riesgo de que se nos juzgue excesivamente pesimistas- pueden no conseguir empleo en toda su vida, a menos

que se tomen medidas muy enérgicas y rápidas.

Lo cierto es que todo el mundo proclama la necesidad de una mayor adecuación entre la educación y el trabajo; pocos, en realidad, señalan las dificultades -independientemente de las cuestiones de equidad- olvidando que estamos ante dos racionalidades distintas que requieren una dilucidación epistemológica y metodológica compleja. Si bien hay acuerdo en dejar atrás un modelo enciclopedista y memorístico, muy pocos avanzan en propuestas afinadas y replicables de articulación. En líneas generales, ante la necesidad de dicha vinculación suelen esgrimirse dos estrategias fundamentales:

Una estrategia considera que la solución es el diseño de currículas que satisfagan inmediatamente las demandas del mercado, preparando la mano de obra especializada que reclaman las empresas. En su versión más grosera y mercantilista esta tendencia llega a homologar capacitación y empleo. Es frecuente escuchar vociferar dudosas ofertas de inmediata "salida laboral" que ilusionan acerca de la obtención inmediata de puestos de trabajo. De un modo muy distinto, más modesta y honestamente, habría que esforzarse por una educación más conectada con el mundo del trabajo, pero advirtiendo con claridad que la generación de empleo, si bien necesita gente capacitada, no está al alcance del sistema educativo aislado mediante propuestas voluntaristas, olvidando, entre otras cosas, la contracción del mercado. Ahora bien, aceptado que la educación no crea por sí misma empleo, no cabe duda que sí tiene que estar vinculada estrechamente al rumbo de la sociedad y a los cambios de la tecnología y del mundo del trabajo.

Precisamente por ahí va la otra estrategia -que es la que va ganando más consenso- a la cual, si bien le sigue preocupando que los jóvenes encuentren empleo, piensa que el mejor modo de obtenerlo y conservarlo es prepararlos en las habilidades de largo plazo que requieren tiempos prolongados y lugares propios. Al mismo tiempo apuntan a la integralidad de la formación que en los jóvenes requiere especialmente la delicada construcción de la identidad que los haga personas autónomas y libres, capaces, en definitiva, de un mejor y digno desempeño laboral. Sería una propuesta de muy poco aliento capacitar para la demanda inmediata -además de la dificultad de poderla captar- dado el vertiginoso cambio tecnológico actual.

En efecto, ya no se trata de formar simples operarios para un puesto de trabajo que será igual para toda su vida -hoy condenados en el mejor de los casos a las franjas inferiores de la remuneración salarial- sino que es imprescindible formar para una comprensión más global del proceso productivo que permita la movilidad y el intercambio, no la simple repetición. Para ello se requiere consolidar una formación general cuyo ámbito propio es la escuela y a la cual no atienden debidamente las formas de alternancia y las pasantías que, aunque son muy convenientes y provechosas, no pueden suplir en los lugares de trabajo las necesidades generales y las carencias que hubiese. Sólo una vez adquirido el substrato básico es posible la incorporación gradual de una capacitación tecnológica más específica y puntual.

Por otro lado, el nuevo trabajo requiere que todos, y no sólo algunos, piensen, planifiquen y sean capaces de innovar ante las demandas cambiantes. Desde el punto de vista de la organización del trabajo, se ha modificado la estructura excesivamente piramidal y hay más relaciones horizontales e interactivas. Las nuevas exigencias productivas -tal cual hemos visto- hacen que se tienda no al trabajo masivo e impersonal, sino al trabajo en pequeños equipos que requieren habilidades sociales de intercambio y cooperación. Precisamente aquí se puede advertir la convergencia entre las competencias cognitivas, exigidas por los nuevos paradigmas tecnológico-laborales, con las competencias para el ejercicio de una plena ciudadanía que nos permiten ser personas autónomas,

críticas, capaces de imaginar alternativas. No sometidas a un "pensamiento único".

Entre las propuestas que más se empiezan a escuchar, para superar el problema del desempleo, están el reparto de las horas de trabajo y la apertura a nuevas ocupaciones. Tales iniciativas suponen un cambio en nuestras valoraciones sobre lo que significa trabajar, que a su vez requieren un sistema educativo –no sólo la escuela– que nos transmita esas convicciones y las fortalezca. Requieren un impulso moral fuerte en esa dirección.

Esto es también, educación para el trabajo, la cual no es sólo una cuestión tecnológica, sino que tiene un componente ético y solidario muy grande, capaz de ampliar nuestra conciencia y cambiar nuestras estimaciones. Se trata de una educación que ante el descentramiento del trabajo, sepa dar razones para vivir, que nos recuerde que no se vive para trabajar, reproduciendo esclavitudes y alienaciones, sino que se trabaja para vivir. En definitiva, no se educa sólo para conseguir un empleo, sino para participar en una sociedad en la que el otro además de ser un compañero de labores es también un semejante. Se educa no sólo para satisfacer o seducir a un potencial cliente, sino para la convivencia con un vecino próximo que, en nuestras comunidades crecientemente plurales, al mismo tiempo puede ser diferente. ●